

## A la Junta no le gusta la Historia

Dos libros que no tuvieron problemas para su difusión en la época franquista en España han sido ahora prohibidos por la Junta que gobierna Argentina. Se trata de dos volúmenes —los números 26 y 27— de la Historia Universal publicada por Siglo XXI de España: *La Época de la Burguesía*, de Guy Palmade, y *La Época de las Revoluciones Europeas, 1780-1848*, de Louis Bergeron. Videla, y ya es mérito, hace aparecer a Franco casi como un déspota ilustrado.

do "boom" latinoamericano, más de un crítico indígena se sorprendió de la riqueza idiomática de la prosa que nos llegaba de aquellas costas. Será, sin duda, pensaron algunos, el injerto de las culturas aborígenes. Y así era, pero sólo en parte. Porque muchas de aquellas palabras o giros con resonancias exóticas resultaron tener raigambre castellana. Los latinoamericanos no habían hecho más que devolvernos lo que era nuestro. ¿Qué había ocurrido? No sólo que muchas palabras o expresiones aquí olvidadas seguían vigentes al otro lado del océano, sino también que aquellos escritores habían leído a nuestros clásicos. Y lo demostraban. Era toda una lección, que aquí parece que vamos poco a poco aprendiendo.

Rescatar a los clásicos. Algunas editoriales, como Castalia y Cátedra, llevan ya algún tiempo realizando en este terreno una labor importante. No consiste ésta en sacar tal o cual obra al

mercado con cuatro notas aclaratorias, cuando no totalmente en cueros, sino en hacer auténticas ediciones críticas a cargo de especialistas capaces de tender un puente entre las circunstancias culturales, sociales e históricas en que la obra fue concebida y las propias de los lectores de hoy.

Pero hay empresas similares. Por ejemplo, EDAF acaba de lanzar una serie titulada "Escritores de todos los tiempos", inspirada en otra francesa de idéntico título, y entre cuyos primeros volúmenes figuran dos estudios —completados con sendas antologías— dedicados a Quevedo y a Juan Ruiz. Dos escritores, en apariencia, tan distintos y que, sin embargo, tienen varios puntos importantes en común. Ambos escriben en épocas de crisis: un Imperio que se desmorona, arrastrando, en su caída, moral y valores de gobernantes y gobernados, en el caso del primero; crisis profunda del orden feudal y resquebrajamiento de los valores teocráticos tradicionales en la Castilla mudéjar, por lo que respecta al mundo del Arcipreste. La mordaz sátira del autor de *El Buscón* y el aparente epicureísmo cínico de Juan Ruiz recatan una honda angustia. Uno y otro son profundamente moralistas.

Todo esto nos lo demuestran, en dos completísimos ensayos, un par de profesores españoles que enseñan en prestigiosas Universidades norteamericanas. Manuel Durán, de Yale, y Julio Rodríguez Puértolas, de la Universidad de California en Los Angeles, llevan a cabo —el primero, con Quevedo, y con Juan Ruiz, el segundo— una extraordinaria labor crítica que no descuida prácticamente ningún aspecto relacionado con la obra o las diversas circunstancias de nuestros dos autores clásicos. ■ JOAQUIN RABAGO.

Francisco de Quevedo.



## CINE

### "El diputado"

A Eloy de la Iglesia hay que aceptarlo en su ingenuidad, en su estética feísta y en ocasiones hasta en sus errores, porque ofrece a cambio unas historias que no han tenido cabida hasta ahora en el estrecho panorama del cine español. Por otra parte, la ambición de De la Iglesia es lograr un lenguaje "popular", eliminando cualquier análisis que comporte un trata-



miento estético no asequible por un público poco o nada iniciado. Ese combate —acertado o no en sus planteamientos— inicia una suerte de investigación, aunque la palabra quizá sea excesiva, que puede conducir a resultados de interés. A pesar de que ello le obligue a esquematismos, a discursos reiterativos o situaciones dramáticas que rozan lo inverosímil; pero películas como "La semana del asesino", "La otra alcoba" o "Los placeres ocultos" han supuesto en sus momentos agresiones importantes a un cine acomodado en dogmas, historias tradicionales o fórmulas presuntamente seguras. Las películas de De la Iglesia tienen, al menos, la ventaja de sorprender.

"El diputado" lo demuestra. Una película lógica en la evolución del director, concretada sobre todo en sus últimos títulos. Las relaciones dialécticas entre el sexo prohibido y la política tomaron cuerpo definitivo en

"La otra alcoba" y hasta en la insoportable "La criatura", pero necesitaban desarrollarse más en este personaje homosexual de "El diputado" que es una clara continuación del de "Los placeres ocultos": como si la puerta final de aquella película se hubiera abierto del todo y apareciera ahora la historia del diputado que debe ocultar sus inclinaciones sexuales en una sociedad no dispuesta a tolerar diferencias. Pero si en "Los placeres ocultos" aquella represión tomaba sólo la forma de un drama personal, en "El diputado" se articula como una denuncia política, ya que políticos son los enemigos que intentan explotar en su provecho la particularidad del protagonista y es político su miedo ante los miembros de su propio partido de izquierdas. El drama de este personaje, víctima del chantaje, claro en su ideología, tierno en su intimidad y honesto en sus contradicciones, supone, en conjunto, una denuncia llena de coraje que hay que aplaudir. No es una obra perfecta, pero sí oportuna. ■ DIEGO GALAN.

### "Alicia en la España de las maravillas"

Cuando se proyectaba esta película en la Quincena de Realizadores del último Festival de Cannes, los españoles allí presentes nos quedamos bastante perplejos. Jordi Feliú, el director de la película, se presentaba como uno de los más claros luchadores antifranquistas de los años negros de la represión, cuando en realidad era autor de algunas obras que habían incidido en la alienación colectiva propuesta durante cuarenta años desde el cine oficial. Incluso ahora que se estrena esta película en Madrid y Barcelona, algunas revistas presentan a Jordi Feliú como autor novel que inaugura sus andanzas en el cine como esta "opera prima". Sin embargo, Jordi Feliú, en colaboración con José María Font Espina, había sido autor de bastantes cortometrajes —entre ellos, el inolvidable "Cristo fusilado"— y de algunos largos muy característicos de la época como "Diálogos de la paz", que



Cultura a la contra

## Peter Pan, sin complejos

Entramos en una cafetería anaranjada y comemos algunas hamburguesas. Después vamos a un cine que hay en la Gran Vía donde dan películas de Walt Disney en sesión continua. Un amigo mío opinaba que todos los males de la juventud y la estupidez que acecha por doquier provienen de la absorción masiva, en la infancia, de productos disneyanos. Es un análisis de café —antes, las cosas más importantes se decían en los cafés y quedaban colgadas entre el humo ambiente— tras el que se oculta una verdad muy seria: Disney y sus brujos de plexiglas y caramelo han robado los mitos de la infancia y los han echado a perder: los magníficos dragones, las hechiceras bellas y perversas, los árboles parlantes del Parque del Oeste —en fin, de cualquier parque, de cualquier bosque—, las lámparas con genio incorporado, los enanos que excavan sus túneles dorados; todo ello ha sido convertido por el "mago de Disneylandia" en una masa de productos fabricados en serie, y con marca de fábrica además.

Hace unos días he vuelto a ver "Peter Pan". Aquella noche —iba yo muy pasado— no paré de llorar durante la película. Lloraba al mismo tiempo por mi infancia perdida y por el mal retrato que de ella hace el señor Disney. El Peter Pan ahí dibujado es un jovencuelo de ojos brillantes y formas ambiguas, que poco tiene que ver con el personaje que se inventó el enanito Barrie. Convendría una reedición de esa joya que es el cuento del enano para que los pocos niños que aún leen se enterasen de quién es Peter Pan, el niño que se escapa de su casa a los dos años porque no quiere crecer. Peter es el primer rebelde de quien tuve noticia, el primero que se niega a aceptar el mundo insoportable de los adultos. Los odia tanto, que pretende matarlos a todos. En el País de Nunca Jamás —mi primera Utopía también— se dice que cada vez que alguien suspira muere un adulto. Y Peter suspira y suspira sin parar.

Como el antiguo Hermes Psicopompo, tiene la función de llevar al "otro lado", al País de Nunca Jamás, a los niños que en el parque se caen de sus cochecitos, bien sea por descuido o porque están ya hartos, como ese niño que, nos cuenta Barrie, decidió escaparse porque sus padres hablaban siempre de acciones y de billetes de Banco. Allí pueden realizarse en una vida más plena. Allí hay piratas inquietantes —su jefe, el Capitán Garfio, es un hombre sumamente bien educado, que odia a Peter Pan sólo porque tiene mejores modales que él—, indios que juegan a la guerra y sirenas. También hay duendes, seres amorales cuyas mentes son tan pequeñas como sus cuerpos y que sólo pueden albergar un sentimiento a la vez: pueden amar u odiar, pero nunca al mismo tiempo. Es un misterioso más allá en el que todos hemos soñado alguna vez y en el que algunos seguimos soñando todavía. Peter Pan fue el primer "hippy" de la Historia, el primero que decidió pasar de todo y buscar una realidad alternativa menos siniestra de la que padecemos.

A pesar de Disney, es bueno que el niño que no quiso crecer vuelva a aparecer de algún modo en el alféizar de nuestra ventana. Nos da un buen ejemplo de rechazo. No hay que olvidar, de todas formas, que en el mundo que vivimos los piratas no son todos tan bien educados, los indios que nos atan al palo de la tortura nos quieren matar de verdad y la guerra contra los llamados "adultos" va de veras. Pero no estaría mal entender la vida como una aventura y rechazar el mundo de los billetes de Banco. ■

EDUARDO HARO IBARS.



"Alicia en la España de las maravillas", de Jordi Felú.

conmemoraba los veinticinco años de paz, y, más tarde, las comedietas "El arte de casarse" y "El arte de no casarse".

Lo que había ocurrido realmente es que, a tenor de los nuevos tiempos democráticos, Jordi Felú había intentado hacer películas que "pegaran" en estos momentos como antes habían "pegado" con subvenciones y premios los títulos protegidos por el Ministerio de Información y Turismo. "Alicia en la España de las maravillas" es el producto de esta nueva era de Jordi Felú, hombre ingenuo y vehemente, pero hábil para captar el sentido oportunista de la "denuncia". Su película, al margen de ese oportunismo, revela escasas habilidades más, ya que se trata de un "collage" confuso, pretencioso y disparatado, antiguo, feo y grotesco, donde se repiten tópicos interminables que no sólo no añaden nada nuevo a la explicación de los años negros del franquismo, sino que incluso los ocultan por tanta pedantería, por tanto simbolismo barato.

Dice el propio Jordi Felú que quería exponer en "Alicia en la España de las maravillas" su concepto de la represión cultural ejercida por el franquismo, "represión que pasó de un paternalismo asfixiante a un verdadero genocidio". No hay que dudar de las intenciones nobles del autor, pero sí de su capacidad expositiva, o en todo caso entender que la capacidad castradora del franquismo queda clara en la película por la inca-

pacidad personal del director para narrarla.

Quizá hubiera sido más noble e interesante que el propio Felú, para contarnos cómo había sido el franquismo, nos hubiera contado su propia evolución personal, las películas que había hecho y por qué, la situación concreta que había vivido en cada caso. Sin simbolismos ni pretensiones. Es más significativo su caso que la sarta de despropósitos que se padecen en esta película inútil. Idea que se brinda desde aquí por si quiere ser meditada por el autor. ■

D. G.

# ARTE

De pronto tuve necesidad de comprobar si Eduardo Roldán era madrileño. ¿Por qué? Porque le recordaba una cierta pinta de paleta de Madrid. Y Madrid es la capital universal de la palettería. Porque no es lo mismo. Yo, por ejemplo, soy paleta, pero del Sur, yo soy cate-to, como nos llamamos los de allá abajo los nacidos en pueblos campesinos. Roldán no. Roldán es paleta máximo, madrileño. No tiene "currículum" su introducción, pero lo dice Umbral, como de pasada, en sus palabras. En fin, se trata de Eduardo Roldán, paleta de Madrid, capital universal de la palettería. Sí. Todavía me acuerdo cuando —el año 44— yo me